nos 201/202

Fuera de VALIJA

12 noviembre 49

UN IMITADOR REZAGADO

RECIENTEMENTE, un individuo que, según dicen, parecía Mussolini redivivo se asomó a una ventana en la ciudad de Turín y, entre el asombro de los transeúntes, lanzó una vibrante arenga del más puro estilo mussolinesco y se puso a cantar luego el himno fascista "Giovinezza". Se trataba de un doble, de un sosias del creador del fascismo. La policía acudió en seguida y se llevó al falso Duce al manicomio, para ser puesto en observación, por suponer que un individuo que canta ese himno y pronuncia discursos fascistas ha de estar, sin duda alguna, loco de remate. Pero es el caso que muchas de las personas que oyeron desde la calle al Mussolini apócrifo, oirían seguramente alguna vez al Mussolini verdadero. Y quizá los mismos policías que detuvieron a este falso Duce, dieron en el pasado escolta y protección al auténtico. Y, sin embargo, ¿qué diferencia hay entre uno y otro? ¿En qué notaron que el de ahora está loco y el de antes estaba cuerdo? ¿Acaso lo que hizo el primer Mussolini, creyéndose, a su vez, Napoleón, y llevando a su país a la guerra, al desastre, a la destrucción, le acredita como hombre de muy sano juicio?

El fingido Mussolini de Turín es, con toda seguridad, un loco. Pero un loco cuyas insensateces no han hecho daño a nadie. De la demencia mussoliniana, este buen hombre sólo había tomado, además del parecido físico con el Duce, la parte espectacular, retórica y musical del fascismo. El "chalao" de Turín se había limitado a soltar una arenga totalitaria y a cantar la musiquilla de "Giovinezza". No se le había ocurrido declarar la guerra a nadie, ni aliarse con los alemanes y permitirles la invasión de Italia, ni llevar su patria a la derrota y a la ruina. Mal está, en verdad, decir tonterías mussolinescas desde un balcón y ponerse a cantar de buenas a primeras himnos fascistas, pero si no se pasara de ahí aun sería la cosa soportable. Lo malo es cuando el perturbado, que se cree salvador del pueblo y llamado a convertir su patria en un imperio, pasa del estado retórico y filarmónico al de las realidades políticas, y empieza a perseguir a las personas sensatas del país para acabar mandándolas a las trincheras y poniendo las frentes a los carros de asalto y bajo las bombas de la aviación.

Por lo demás, esta afición a imitar a los grandes guerreros y a los grandes déspotas es tan vieja como la humanidad. Existe desde que existe la locura. A veces he llegado a pensar que acaso en el mundo no haya habido más que un gran guerrero auténtico, un gran tirano de verdad y que todos los demás no han sido posteriormente sino simples imitadores suyos. Al hablar antes del verdadero Mussolini he dicho que éste se creía Napoleón: es decir, era un falso Napoleón, de igual modo que el chiflado de Turín es un falso Mussolini. Pero ¿acaso Napoleón no se creía a su vez un César? Y éste, por su parte, ¿no se creía un Alejandro? Y así sucesivamente... Reconozcemos que esta manía es una de las más peligrosas que pueden darse. Mientras a un ciudadano pacífico no le da más que por creerse Júpiter o Neptuno, todo puede arreglarse, porque esa suerte de divinidades suelen actuar en los manicomios en forma muy comedida y discreta, limitándose a hacer un uso puramente teórico y metafísico de su potencia olímpica. Lo grave es cuando a un caballero de esos le da por arreglar el mundo y salvar a su patria y se cree enviado por la Providencia para gobernarla. Lo terrible es, pues, el caso de los verdaderos Mussolinis, Hitlers, Napoleones, etc. que son, a su vez, imitadores de otros delirantes como ellos.

Hace unos cuantos años este género de locura llegó a adquirir proporciones alarmantes. No sólo había el Mussolini que se creía Napoleón en Italia, y el Hitler que se creía Atila en Alemania, sino también el Franco que, en España, se creía a la vez Mussolini y Hitler, Napoleón y Atila. Hubo, como se ve, una verdadera racha de trágicos imitadores, una tremenda hornada de falsos salvadores de sus respectivos países, atacados de un mismo delirio imperial y que acabaron, naturalmente, por desencadenar sobre el mundo la más pavorosa conflagración. En ella perecieron, víctimas de su propia locura, Hitler, Mussolini y otros insensatos. De esa liquidación final sólo se salvó Franco, que, claro es, cree ser algo más que sus infortunados compañeros en paranoia totalitaria. Ahora se cree ya nada menos que la Divina Providencia. Pero si Franco subsiste tan campante en el Pardo, no es ciertamente por méritos de su locura, sino de la tontería ajena, especialmente de los diputados y senadores norteamericanos que van a visitarlo como unos papanatas.

Franco empezó, como el orate de Turín, creyéndose Hitler y Mussolini, y hasta levantando el brazo como ellos, y hoy esos parlamentarios yanquis, en un estado de alarmante imbecilidad, le creen ya un verdadero demócrata. Se comprende, pues, que su ejemplo haya acabado de trastornar la cabeza a ese pobre ciudadano italiano, que se ha lanzado ahora a pronunciar arengas fascistas y a cantar el himno mussoliniano. El infeliz habrá pensado: "Si a Franco le salió bien la cosa, ¿por qué no he de intentarla yo también?"

En el manicomio, donde ha sido recluido, podrá ahora meditar amargamente sobre la injusticia humana. Su desdicha no le viene realmente de creerse Mussolini, pues otros antes que él se lo han creído también; sino de creérselo con retraso, cuando los otros imitadores se han pasado ya al campo de la democracia. Pues si el loco de Turín se cree, en efecto, Mussolini, del mismo modo que se lo creyó Franco, ¿cómo es que no han ido a visitarlo a su celda manicomial unos cuantos diputados y senadores norteamericanos, para ver si lo pueden incluir en el pacto del Atlántico y le conviene recibir la ayuda del plan Marshall? En realidad, el creerse Mussolini, Hitler, Napoleón, César, Alejandro, etc., debería de tener las mismas consecuencias para todos. Y como unos son imitadores de otros, formándose así entre todos ellos un peligroso encadenamiento, la policía no debía intervenir para enviar al manicomio sólo a los supuestos Mussolinis, Hitlers, etc., sino también a los tenidos por verdaderos, que son los más peligrosos. Si se le hubiera puesto a tiempo la camisa de fuerza al primer Mussolini, quizá no habría que ponérsela ahora a este segundo, cuya culpa quizá no consista en ser un imitador, sino tan sólo en ser un imitador rezagado. En todo caso, si a este demente de Turín que se ha creído Mussolini se le ha enviado al manicomio, ninguna razón hay para no recluir inmediatamente a Franco en Leganés.

EL VALIJERO

A.P.C.E.
SIG.: 1.29/1372